



## EL DIÁLOGO SOCIAL: ASIGNATURA PENDIENTE

En España tenemos en la actualidad un enfermo: la economía. Los médicos (políticos) son incapaces de ponerse de acuerdo en el diagnóstico y se olvidan de que la gravedad aumenta



**SANDALIO GÓMEZ LÓPEZ-EGEA**

Profesor del IESE - Cátedra Seat de Relaciones Laborales del IESE

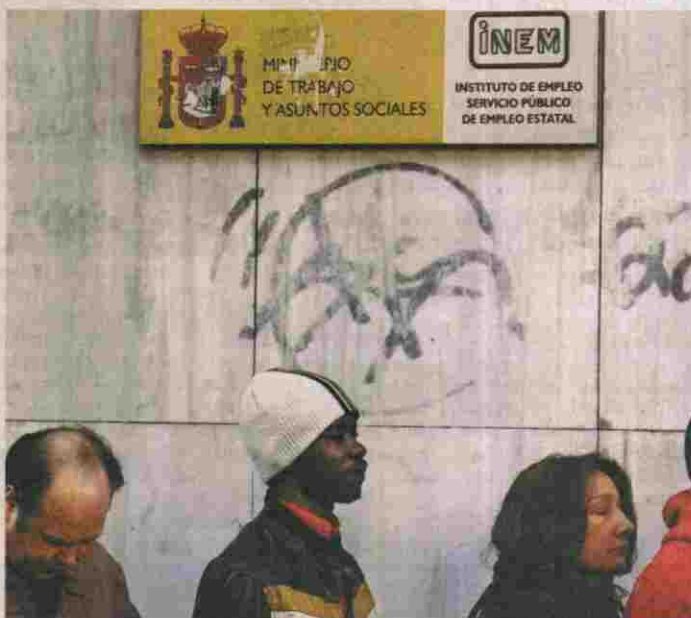
**E**n España tenemos un enfermo, la situación económica, que se ha ido agravando en los dos últimos años. Uno de los síntomas más graves de la enfermedad, es el crecimiento de los glóbulos rojos, representados por el número de parados, con una cifra alarmante que supera los cuatro millones, cuando lo normal en Europa no llega a la mitad en términos porcentuales. Alrededor del enfermo se puede observar a unos señores muy serios, con sus batas verdes de cirujanos, los llamados interlocutores sociales, que van de un lado para otro, discuten de forma acalorada y que no logran ponerse de acuerdo para curar al enfermo: ¿Darle unos analgésicos antiinflamatorios para salir del paso de los problemas puntuales? ¿afrontar una intervención quirúrgica a fondo que resuelva el problema real?

La discusión es tan intensa y tan poco objetiva, que ni se entienden bien sus argumentos, ni son capaces de escucharse mutuamente para alcanzar un acuerdo. Lo peor es que da la impresión que lo más importante es salirse cada uno con la suya y se olvidan del enfermo y de su gravedad, que cada vez es mayor.

Alrededor del quirófano, en primera fila, está situado el director médico y máximo responsable del hospital, es decir, el Gobierno, que contempla la escena de la falta de acuerdo y duda sobre si debe intervenir o no, antes que la situación se convierta en irreversible. Lo ha intentado una vez, llevando aparte a los interlocutores a su despacho para apoyar decididamente a una de las partes y lo único que ha conseguido hasta ahora es que la falta de acuerdo sea mayor todavía.

Mientras tanto, en las gradas habilitadas para los espectadores, detrás de un cristal, están los estudiantes, representados por los ciudadanos, eso sí, los que tienen trabajo y todavía están sanos, que miran con una cierta perplejidad la escena sin llegar a involucrarse ni a sentir como algo propio lo que está pasando en el quirófano. Unos discuten, otros observan, algunos diagnostican, pero nadie hace nada y el enfermo está entrando en un estado terminal.

Hay unos problemas coyunturales del enfermo que hay que resolver: conseguir un acuerdo marco de cara a los convenios que se van a firmar a lo largo de este año. A la vez, hay problemas estructurales, de fondo, del mercado de trabajo, que afectan directamente al hígado y al corazón del enfermo y que si no se abordan, podrá



mejorar puntualmente pero la enfermedad seguirá su curso.

**E**l Gobierno, los interlocutores sociales y los ciudadanos tenemos que ser conscientes que de esta situación no se sale si no nos mentalizamos todos que hay que recorrer un camino de sangre sudor y lágrimas y que cada uno, en la medida de sus posibilidades, tiene que decidirse a arrimar el hombro y aportar su esfuerzo solidario.

Hay que olvidarse de ideas preconcebidas, de actitudes partidistas e intransigentes. Hay que partir de cero y encarar al enfermo con decisión y dispuestos a cambiar de «chip» si es necesario, porque lo principal es la salud económica y profesional de una sociedad que con más de cuatro millones de parados está desangrándose a chorros. Asimilar la reforma del mercado de trabajo al abaratamiento del despido es una actitud ridícula, interesada y claramente partidista. Hay que sentarse a hablar del coste de la Seguridad Social hasta situarlo a nivel europeo; hay que hablar de la formación de los trabajadores y de su adaptación a las nuevas tecnologías; de la movilidad funcional y geográfica para facilitar los cambios de residencia; del contenido de la negociación colectiva, racionalizando los temas que se deben abordar en cada uno de los niveles de negociación; del lastre que su-

pone arrastrar demasiados años la «ultra actividad de los convenios» que dificulta la adaptación de las empresas a la realidad actual con el efecto negativo que produce en la racionalidad y la competitividad; de ampliar el contrato de fomento a la contratación indefinida del año 97 que tan buenos resultados produjo —en la reforma del ministro Caldera del 2006 se produjo esta ampliación limitada en el tiempo, con muy buenos resultados—; en la reducción de los contratos temporales; en el control eficaz del cobro del seguro del desempleo, evitando el fraude, en el porcentaje que se produzca, ya que todos somos conscientes de ello.

**T**ambién hay que fomentar la incorporación de los jóvenes al mercado laboral con fórmulas flexibles para evitar que la mitad de los jóvenes sean incapaces de encontrar un puesto de trabajo; limitar la jubilación anticipada y aumentar de manera decidida la edad de jubilación, para ayudar a resolver el problema del sistema de pensiones; fomentar el contrato a tiempo parcial que facilita la conciliación entre trabajo y familia y mejorar los actuales índices de natalidad; y todo ello hacerlo de manera urgente, partiendo de un estudio serio, desapasionado y que analice nuestra situación comparada con el resto de los países europeos.

Un ruego final: al empresario hay que exigirle que esté bien formado y actúe de acuerdo a su gran responsabilidad económica y social pero a la vez no se nos puede olvidar que son los empresarios, pequeños y medianos, los que conforman nuestro entramado productivo y los que crean el mayor porcentaje de puestos de trabajo en nuestro país.

**Hay que olvidarse de ideas preconcebidas, partir de cero y cambiar el «chip»**